



# CONEXIÓN LANUZA

Ataúlfo Sanz

**T**ú no me comprendes, lo noto en tu mirada. Te hablo, te sonrío, incluso te canto con voz queda, a pesar de que yo soy un negado para la música. Pero tú no reaccionas. Vives en tu mundo; un lugar que no sabe de alarmas, ni de pandemias. Solo a las ocho de la tarde, cuando todos se asoman a la calle y empiezan a aplaudir, tú te levantas como un muñeco autómatas, te acercas a la ventana y comienzas a tocar un tambor imaginario, como si todavía fueses el músico aficionado que solías ser y los aplausos fueran para ti. Luego, cuando todo se calma, inclinas la cabeza agradecido y te vuelves a sentar en tu sofá de cuero desgastado, esperando a que pasen las horas hasta un nuevo “concierto”.

En este tiempo gris que nos toca vivir, me acuerdo mucho de los días azules de mi infancia y mientras te cuido, me vuelve a la cabeza, una y otra vez, nuestra familiar diáspora y pienso qué distinto sería pasar este confinamiento en la casa del pueblo, tomando el fresco, en vez de estar en un piso ahogador como en el que ahora estamos.

Realmente, la salida de Lanuza es un trauma que nunca me abandona. Mi psicóloga dice que padezco del síndrome de Peter Pan; que idealizo mi vida en el campo y que me pesan como una losa los recuerdos de esos años felices.

Pero yo no creo que tenga síndrome de nada, aunque reconozco que cuatro décadas después sigo soñando muchas veces con Lanuza y con su gente.

Cuando vivíamos allí, yo era un zagalico flaco, canijo y apocado, que estaba a punto de hacer la comunión. ¿Te acuerdas lo contenta que estaba madre? Se pasó varios meses arreglando un traje que a mí no me gustaba, heredado del primo, y toda su ilusión era que yo comulgara en la iglesia del pueblo, antes de tener que abandonarlo. Todavía hoy, más de cuarenta años después de lo del pantano, recuerdo a madre sentada junto al fuego del hogar, preparando las cosas para el viaje y rezando a Santa Quiteria para pedir su protección y que todo saliera bien.

Como ahora pasa aquí, en aquellos días el miedo se podía oler en las calles del pueblo. Hacía meses que sabíamos que el agua del nuevo pantano iba a cubrir nuestras casas y que tendríamos que abandonar la tierra para siempre. Los niños apostábamos si la iglesia de El Salvador quedaría o no sumergida bajo las aguas del pantano y yo miraba hacia arriba y veía la torre cuadrada del templo, tan fuerte y tan alta, y no me entraba en la cabeza que semejante mole, el edificio más elevado del pueblo, pudiera desaparecer de la noche a la mañana. En mi inocencia de niño catequista, me imaginaba a Jesús caminando sobre las aguas del pantano, chocando una y otra vez con el chapitel del tejado del templo, que para colmo llevaba su nombre.

Por suerte para el pueblo, al final el pantano no cubrió la iglesia, ni tampoco la gran mayoría de las casas, pero para nosotros ya era demasiado tarde porque tú habías vendido el ganado y lo poco que teníamos y contabas con la promesa de un trabajo en la ciudad, que te había buscado un familiar al que yo no conocía.

Además, mamá ya no quería una vida llena de incertidumbres, así es que emprendimos un viaje que a mí se me hizo eterno y que nos llevó desde nuestro refugio sagrado, en la montaña de Huesca, a la milenaria y asfíxica ciudad de Zaragoza.

— Papá, ¿te acuerdas dónde estaba la primera casa a la que fuimos a parar en la ciudad?

Pregunto con insistente inercia, sabiendo de antemano que no voy a obtener respuesta. Los ojos negros de mi padre se me quedan

mirando y una sonrisa socarrona se dibuja en su cara, haciéndome dudar una vez más de si de verdad no sabe qué le digo, o de si se está quedando conmigo.

“Yo la recuerdo muy bien”, me respondo mentalmente. Era una pequeña pensión detrás de la Plaza de España, en la zona que muchos años más tarde supe que llamaban El Tubo.

Al llegar a Zaragoza, yo me sentía tan mal por haber dejado el pueblo que me dio fiebre y me tiré en la cama unos cuantos días. Cuando pisé la calle, había crecido un palmo y nos mudábamos ya a la que desde entonces siempre fue nuestra casa. Tú habías conseguido el trabajo de tu vida y nosotros “íbamos a vivir justo al lado, pegadicos, como si estuviéramos en el pueblo”, nos decías entusiasmado. No sé si cogimos un atajo, un alcuerce como dicen aquí, pero el caso es que llegamos volando, o al menos a mí el camino esta vez se me hizo muy corto. Tú me llevabas a corderetas, aunque yo ya superaba los ocho años, pero te hacía mucha ilusión que no pisara la calle hasta estar en el portal de casa.

Sin apenas tiempo para instalarnos, salimos otra vez fuera porque tú estabas impaciente por mostrarnos la ciudad y querías llevarnos a conocer tu lugar de trabajo. Y ese día descubrimos, así de pronto, que el lugar en la que ibas a trabajar era la vieja plaza Lanuza, que para mí sería para siempre ya la “plaza del pueblo”.

Allí, frente a nosotros, se erguía un imponente edificio de hierro, ladrillo y piedra, con ventanales de cristal que dejaban colar la luz exterior y azulejos que adornaban las paredes en lo alto, que yo en mi ignorancia de zagal que no había visto más que la montaña confundí con una catedral.

“¿Vas a trabajar en el Pilar?” -recuerdo que te dije entusiasmado-. Y mamá y tú os echasteis a reír a carcajadas por mi ocurrencia. “No hijo. ¡Cómo voy a trabajar en la Basílica! Esto es un mercado; el mercado de todos los mercados. El mercado central de Zaragoza”.

Y esa tarde recorrimos despacio los dos pisos del mercado, paseando entre los puestos y saludando a los que iban a ser tus compañeros y

casi tu familia. Ese día, la visita a mí se me hizo eterna. El mercado me parecía gigante y era con seguridad el edificio más grande que había visto hasta entonces. Sin embargo, el cristal y los arcos de hierro que forjaban su estructura le daban un aire etéreo, como si una mano divina hubiera decidido colgarlo desde el cielo.

Muchos años después, cuando el mercado se declaró Monumento Nacional, supe por la prensa que el local tenía 130 metros de planta y que estaba construido sobre el solar que fue un mercado al aire libre, en la misma plaza en la que ajusticiaron a Juan de Lanuza.

— ¿Qué pasa pues? ¿No quieres salir a la calle? Ahora ya podemos dar un paseo, aunque sea cortico -le digo mirándole a la cara para ver si mi expresión le tranquiliza y calma-. Ya llevas mucho tiempo sin pisar el asfalto, con lo que a ti te gustaba callejear...

Entonces él se levanta lentamente y me mira como un niño agradecido. No sé si sabe que vamos a pasear o piensa que es la hora de sacar su tambor imaginario, porque el Alzheimer que padece es una enfermedad que le borra el recuerdo.

Me cuesta lavarle; me cuesta vestirle y me cuesta conseguir que arrastre los pies y avance; pero con esfuerzo lo vamos consiguiendo. Agarrado a mi brazo, salimos por fin de casa después de meses encerrados y bajamos en el ascensor.

— ¿Quo vadis? -le pregunto retóricamente en latín, en homenaje a aquellos romanos que fundaron la ciudad. ¿Quieres que vayamos a ver la muralla romana, que tanto te gusta?

Los dos metros que nos separan de la puerta de la calle se hacen eternos. Mi padre arrastra los pies, deslizándose por la baldosa como un cisne herido, hasta que pasado un buen rato conseguimos acceder a la calle Predicadores, que ese día está demasiado tranquila.

La muralla romana está cerca y está lejos; según para quién. Yo podría llegar en cinco minutos, pero a mi padre le puede llevar horas. Aún así, nos ponemos en camino y paso a paso sus piernas empiezan a despegar del suelo y dejan de barrer los adoquines hasta conseguir un cierto movimiento, como de ternasco recién nacido.

Avanzando por la avenida de César Augusto, le recuerdo su pasado ganadero en la montaña y las historias que él me contaba cuando aún podía narrar. Él no dice nada, pero en el fondo yo sé que su pasión siempre fue el ganado y que dejó la crianza de las vacas obligado por las circunstancias, cuando ya pasaba de los cuarenta años. A esa edad, hace falta valor o andar muy necesitado, para cambiar de vida tan radicalmente.

— Al menos -le digo jocosamente por animarle- tuviste suerte al encontrar en el mercado central un puesto de carnicero... Si lo miras bien, saliste ganando: ¡De ganadero a ganador! Ese podría ser el resumen de tu vida.

Pero él no se ríe nada. Sabe que eso no es verdad; que dejó obligado la riqueza natural de la montaña, por un trabajo anodino en una capital y cambió su pueblo natal, por un lugar que, coincidencias de la vida, llevaba su mismo nombre.

Casi llegamos frente a la muralla romana, donde se ven a lo lejos las torres de la Basílica del Pilar, y a pesar de encontrarnos en una calurosa primavera y en una situación de alarma plena, mucha gente pasea junto a las milenarias piedras y se para a admirarlas.

Mi padre tira con desesperación de mi camisa para alejarnos de los grupos de curiosos caminantes y mientras la luz del sol va cubriendo con velos de seda púrpura el hermoso y tranquilo río Ebro, veo la mirada apagada en los grandes ojos negros de mi padre y comprendo que algo nuevo le atormenta.

— ¿Te sientes mal? ¿Quieres volver a casa?

Se ha parado en seco y levanta sus ojos hacia una casa con balcones. En uno de ellos, las plantas se agostan en pleno mes de junio, porque el calor este año ha llegado adelantado. De repente reparo en que, quizás, los dueños de esa casa ya no vivan allí y que sus balcones baldíos sean una visible cicatriz de esta pandemia. Nuestro mirador también era un vergel, en tiempos de mi madre. A ella le encantaba poner todos los años los geranios nuevos en la primavera y en otoño, sembrar los bulbos de las flores de invierno. Pero cuando murió, no tuve fuerzas para seguir cultivando, pues me daba vergüenza propiciar la expansión de la

vida en un lugar que para mí era un templo de la muerte.

Él lleva días casi sin hablar, pero en el mismo instante en el que yo estoy pensando en mi madre y en la dichosa enfermedad que ha dado un giro a nuestras vidas, mi padre se pronuncia.

— ¡Milagro, milagro! -grito en tono de guasa- ¡La Pilarica ha intercedido por mi padre y le ha hecho hablar de repente!

Le miro riendo casi a carcajadas, pero mi padre sigue cortante y serio. Nunca le gustaron las bromas religiosas.

— ¿Qué has dicho, papá? No te he entendido bien. ¿Me lo puedes repetir, por favor? -le digo mientras agacho mi cabeza hacia la suya para oírle mejor-.

Y él, muy digno, vira la cabeza como para insultarme por mi torpeza y haciendo un gran esfuerzo para abrir la boca y vocalizar una a una todas las letras, me susurra una *ele*; luego una *a*; una *ene* y así hasta terminar de decir la palabra “Lanuza”. Le he entendido muy bien, pero quiero asegurarme de que no ha sido una simple coincidencia.

— ¿Has dicho Lanuza? ¿El mercado de Lanuza? ¿O quieres que te lleve hasta el Memorial? Sin decir nada, mi padre se gira sobre mi brazo y empieza a caminar en dirección opuesta, por un camino que para él es de sobra conocido, pues el Mercado de Lanuza fue su lugar de trabajo desde que llegó a Zaragoza y hasta que se jubiló.

Desandamos el camino, pero esta vez mi padre no parece un ternasco recién parido sino que anda más ligero, como si un soplo de aire divino le impulsara desde el río. El mercado central se ve a lo lejos, rejuvenecido tras la nueva reforma.

— ¿Sabes que este año volvieron a reformar tu mercado, papá? -le comento mientras avanzamos-. ¿Te acuerdas de que fuimos a verlo antes de la cuarentena y no parecía el mismo de antes?

Por supuesto, mi padre no responde, pero avanza con firmeza y ni siquiera se para cuando pasamos frente a la estatua de César Augusto, que nos saluda con la mano levantada y nos mira atónito desde la distancia, con la altivez de un emperador venido a menos.

Vamos buscando algo, pero no sé el qué. Avanzamos despacio, a pesar de las dificultades que mi padre tiene para moverse y en un momento dado, el mercado de Lanuza aparece ante nosotros, más majestuoso que nunca, con sus tres gloriosos arcos de entrada, que dejan ver su interior.

Nos paramos a contemplar la belleza del mercado iluminado. Con las últimas luces de la tarde, el edificio adquiere un tono rosa palo, que exuda calidez e invita a pasar dentro; y los arcos de hierro fundido se pierden en el infinito, dando a la vez una sensación de profunda amplitud.

— Ahora el mercado está cerrado. Ya sabes que estos días son un poco raros. ¿Quieres que demos una vuelta a la manzana? -le pregunto al llegar a la explanada que de acceso-. Otra vez más, mi padre no me habla. Me mira fijamente e intenta ponerse en movimiento y yo entiendo que esta vez lo que quiere es visitar la placa en honor a Juan Lanuza, que colocaron recién entrado yo en la veintena, al cumplirse 400 años de su ejecución en ese mismo lugar.

— “Por defender los fueros y observancias; por reclamar las libertades y derechos; por enfrentarse a la Inquisición; por estar con el pueblo de Aragón”. -leo en voz alta para mi padre, que sigue sin decir palabra-.

Repentinamente, él se suelta de mi brazo y vuelve a sacar su tambor imaginario y sus palillos de tocar. Se han empezado a oír los aplausos de las ocho de la tarde y él retoma su antigua ocupación de músico aficionado, tocando ahora al aire, como tantas veces hizo de verdad antes de salir del pueblo.

“La-nu-za”, “La-nu-za”-vuelve a decirme con su mirada perdida-. Y allí, juntos los dos en el mercado donde pasó más de media vida, comprendo por fin lo que él quiere decirme y me echo a llorar mientras le abrazo fuerte y le sostengo para que no se caiga. Cuando termina el homenaje público, nos soltamos y le hablo despacio, mirándole a los ojos, para asegurarme bien de lo que me quiere decir.

— ¿Quieres volver a Lanuza? ¿Te gustaría que nos fuéramos a la casa del pueblo?

Un susurro sale de su boca y a mí me parece que tiene sentido afirmativo. Las lágrimas ver-

tidas han hecho enrojecer sus ojos que ahora abre y cierra rítmicamente, como si estuviera despertándose de un mal sueño. Le agarro del brazo y comenzamos la desescalada en dirección a casa, con la cabeza puesta en el hogar que dejamos allí en el Pirineo.

Por desgracia, soy uno de los tantos ERTE del momento. La crisis económica anterior me echó fuera del sistema y la de ahora me pilla con un trabajo precario, que de momento no se sabe cuando voy a retomar, pero eso ahora no importa.

Llegamos a la casa y me pongo a buscar una maleta en los armarios de mi padre y al final encuentro la que trajimos al venir a Zaragoza. Muchas veces le pedí a mi madre que tirara esa valija, pero nunca me hizo caso, como si en el fondo de su ser supiera que su destino era volver al lugar de donde había salido, algo que ella no logró.

Una vez bañado y cenado, acuesto a mi padre y empiezo a hacer la maleta para poder viajar al día siguiente. No sé muy bien qué llevar porque desconozco cuánto tiempo vamos a estar. Lo único seguro es que nos vamos, aprovechando que la región ha cambiado de fase y ya se permite viajar entre provincias.

La almidonada luz de la mañana entra en la habitación y me despierta justo antes de que den las siete. Aunque estamos en junio, la mañana se rebela invernal y el cierzo sopla fuerte contra los cristales amarillentos. Afortunadamente, tengo la ropa de abrigo preparada para Lanuza y después de levantar, asear y vestir a mi padre, desayunamos tranquilamente y más tarde nos ponemos las chaquetas para salir a la calle en busca de mi coche. El viaje hasta el coche, con mi padre senil y la misma maleta, me retrotrae al día que llegamos a esa casa más de cuarenta años atrás, sólo que ahora no está mi madre, aunque intuyo que de alguna forma ella está con nosotros y se alegra de nuestra decisión. Me río solo, pensando cómo aquel primer día él me

trajo a casa sobre sus espaldas y le digo, en tono jocosos:

-¿Cómo vas, papá? Si te cansas, puedo llevarte a corderetas, que todavía nos quedan unos metros hasta el coche.

Se me queda mirando y estoy seguro de que cree que me he vuelto loco. Con energía, la que él tiene a su edad y con su enfermedad, avanza firmemente por la calzada hasta que por fin alcanzamos mi coche estacionado en la calle. Le siento delante, meto la vieja maleta que vino del pueblo en el maletero y por fin puedo arrancar el coche, que me responde a la primera aunque lleva meses parado.

Sin hablar, salimos del centro de Zaragoza y un poco más tarde, de la ciudad misma. Cómo ha cambiado esta ciudad en los últimos años, me digo, e intento recordar sin éxito cómo era todo aquello cuando llegamos unas décadas antes.

Casi una hora más tarde, veo el letrero que anuncia Almudévar y me viene a la cabeza su famosa trenza. Miro a mi padre de reojo y leo en su mirada que se está relamiendo porque ambos somos muy lamineros.

Y, sorprendentemente, a pesar de su soledad y su abandono, me siento tranquilo y el amor que se derrama desde su interior me salpica y me llena de una energía desbordante.

Con mucha calma, nos bajamos del coche frente a un bar de carretera y nos metemos dentro porque el frescor de la mañana se vuelve más frío a medida que ascendemos por el mapa. Una vez sentados a la mesa, pido unas trenzas y un café y le digo a mi padre que tiene que beber agua, porque el viaje es largo y tiene que hidratarse.

A él, como a muchos hombres de su edad, nunca le ha gustado el agua, pero esta vez no intenta resistirse. Bebe obedientemente hasta la última gota y por primera vez desde que salió de Zaragoza, una agradable sonrisa quiebra su rostro, como intentando decirme "No te preocupes. Desde ahora, todo irá bien".

Ilustración: Pablo Moncloa

